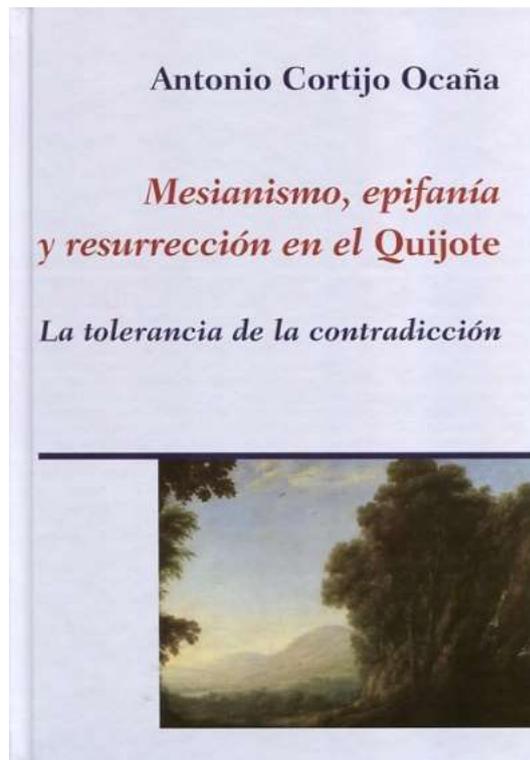


## Reseña

Antonio Cortijo Ocaña. *Mesianismo, epifanía y resurrección en el Quijote: la tolerancia de la contradicción.*

(Barcelona: Polifemo, 2016. 379 pgs. ISBN: 9788416335237)



Plantea Antonio Cortijo Ocaña en este estudio monográfico del *Quijote* un análisis detallado de la obra cervantina alrededor del eje de la cueva de Montesinos. La bajada al antro supone un descubrimiento por parte del manchego de su destino vital mesiánico. Inspirado en los héroes de antaño (Montesinos y Durandarte), don Quijote aprende que su misión en salvar a otros para salvarse a sí mismo. Merlín profetiza su destino y don Quijote incluso se encuentra con su propia realidad inventada y quimérica en la cueva al toparse con Dulcinea y sus acompañantes. El caballero pareciera así hacer buena la recomendación agustiniana de *Crede ut intelligas*, luego recuperada por san Anselmo en su *Proslogion* (“Credo ut intelligam”).

Aunque el libro de Antonio Cortijo es un análisis pormenorizado del episodio de la cueva, es mucho más que eso. Cortijo propone un análisis de cuatro episodios cimeros del *Quijote* que le dan pábulo para explorar las contradicciones quijotescas: el de Marcela y Grisóstomo, el de la cueva de Montesinos, el de Clavileño y el de la sima de Sancho. Con ellos Cervantes teje una urdimbre de motivos que se retoman y rehacen de modo continuado en la novela, que recurren de manera constante.

El amor de Grisóstomo está condenado al fracaso, aun a pesar de la perfección aparente del amante, que ha seguido el código cortés hasta sus últimas consecuencias. Su desesperación última, su grito ególatra de ensimismamiento egoísta manifestado en la *Canción desesperada* y su decisión de suicidarse no son sino manifestaciones de la incapacidad de abrirse al otro. Cuando aparece Marcela para declarar su *libertad*, es decir, para simplemente afirmarse como sujeto de amor y de reciprocidad libre, don Quijote no puede sino oponerse a la turba de amigos de Grisóstomo para defender a la joven. La libertad y la justicia, *leitmotifs* que definen el código caballeresco luliano, serán los principios éticos que guíen la conducta del manchego.



La cueva de Montesinos es el punto culmen hacia el que converge la novela desde su comienzo. Cide Hamete y Sancho dudan de lo ocurrido en la misma, tildando todo de apócrifo o de chusca mentira. Pero la burla inherente al episodio esconde la seriedad de la búsqueda (*quête*) del caballero. Al resucitar de la cueva como si fuera un segundo Cristo, don Quijote sabe que ha experimentado una epifanía de su divinidad (el amor de Dulcinea) que le ha descubierto que su destino es mostrar el amor a los demás ejerciendo su *ira justa* en defensa del mismo.

El episodio de Clavileño es la conclusión lógica del de la cueva. Si Sancho se burlaba de su amo al salir del antro manchego porque no creía que aquel hubiese experimentado tal cúmulo de despropósitos en apenas unas horas, y menos que hubiese visto a Dulcinea en el hábito que él mismo le había inventado a la joven, ahora las tornas se vuelven de manera irónica (en sentido socrático). Sancho dice haber visto cosas a lomos del caballo que don Quijote sabe no ser *ciertas*. Pero lejos de decirle esto a Sancho, concluye el episodio diciendo a su escudero que le creará si éste cree en lo que él dice haber experimentado en la cueva de Montesinos. Esta especie de *do ut des* quijotesco plantea una ruptura de la lógica aristotélica (el principio de la no contradicción) al aceptar la coexistencia de opuestos en la realidad, al afirmar una tolerancia, permeabilidad y fluidez de los real y lo consciente que

superan el marco rígido de una España contrarreformista. La realidad no es algo unívoco sino abierta al perspectivismo de los polos múltiples.

Con la sima de Sancho, una especie de *remake* del episodio de la cueva de Montesinos, se cierra un círculo. Es ahora Sancho quien cae y se levanta, desencantado por su experiencia como gobernador de la ínsula, y es don Quijote quien tiene que acudir a su encuentro para hacerle superar el desencanto mediante la propuesta de un ideal que supera la realidad. Los dos sellan en este punto una *amistad* (trasunto del amor de don Quijote por Dulcinea) inquebrantable, su conocimiento del *secreto vital* que les acerca: *credunt ut intelligant*.

Sobre este hilo argumental central Cortijo teje otros hilos secundarios. Por ejemplo, analiza con detalle el tema de la *cueva* en la literatura occidental y su asociación con procesos de búsqueda, conocimiento, descubrimiento y espiritualidad. En otro capítulo de relevancia, estudia la ruptura del esquema cognitivo lógico-argumental aristotélico que se produce en la novela a la luz de los planteamientos filosóficos cartesianos y en especial de la teoría de la psicología cros-cultural del pensamiento dialéctico de Peng-Nisbett y Rodgers (*dialectical thinking*). También encuentra de manera original paralelos con la propuesta de Oliver Sacks en su afamado *Awakenings* sobre la relación entre realidad y conciencia.

En su peregrinación “don Quijote privilegia la justicia y la caridad, siempre motivado por una fe sin paliativos y una buena porfía. De los libros (de caballería) don Quijote avanza, como si saliese de la cueva de sombras platónica, a la visión luminosa de las ideas verdaderas. A través de un proceso (pues su búsqueda es en gran parte dialéctica) de subidas y bajadas, don Quijote recorre todos los aspectos y lugares geográfico-míticos de un recorrido iniciático que le hace abandonar su hombre viejo y desde la consecución de su conversión personal concluir diciendo, como san Pablo, que luchó la buena lucha.” Así, don Quijote renace y al hacerlo transforma la realidad (códigos caducos, hombres viejos). Por ejemplo, modifica el código del amor y vida pastoriles, que estaban condenados al fracaso desde Grisóstomo al propender a la afasia femenina y el ensimismamiento del amante masculino, que a pesar de sus protestas de amor inmarcesible hacia Marcela en realidad está ciego a la amistad y al amor “caritativo”, ese amor que existe al darse en la entrega generosa. Otro código que se transforma/reconstruye es el del romance y la caballería de amor, siguiendo patrones lulianos y de anacoretismo amoroso, pues don Quijote dice con su actuación que en el género caballeresco los *facta memorabilia* no se correspondían de hecho con una *gnosis* cierta de la realidad verdadera. Como nos ha recordado García Gual recientemente al estudiar la heroicidad clásica, también en la novela don Quijote da muestras de este carácter heroico que le define mediante la faceta de su desmesura, que le conduce a la la postre al fracaso.

Cortijo explora en este libro de manera magistral algunos momentos cenitales de este proceso de transformación. Don Quijote da pruebas de seguir la filosofía agustiniana y de aplicar en particular su voluntad al amor para superar con perseverancia, con porfía, todas las pruebas de su *quête*: Dulcinea le proporciona “la figura catalizadora que mueve la *praxis* del hidalgo y le conduce, como los guías dantescos, al conocimiento, la *gnosis*, el secreto de la vida y la salvación.” Pero mal favor hacemos al libro de Cortijo con este breve resumen. El lector encontrará en él mucha (muchísima) erudición, un conocimiento cabal de las culturas clásica, medieval y renacentista, amén de una aplicación de teorías literarias clásicas y contemporáneas para la explicación del andar enamorado quijotesco (de Wittgenstein a Bauman, de san Agustín a la escolástica). En resumen, en el siempre difícil mundo de la crítica cervantina, donde decir algo novedoso es siempre un reto permanente, Antonio Cortijo sale airoso en su empeño de proporcionar una lectura coherente del conjunto de la

novela cervantina que explique el sentido del *loco airado* manchego que puede concluir al final de su peregrinar diciendo, como san Pablo, *certamen certum certavi*, erigido en una especie de *converso* construido según el modelo paulino, que ha visto el rostro del amor como san Agustín y ha entendido que su destino vital no es sino el del héroe, destinado a salvarse a sí salvando a los otros, para lo que tiene que ejercer con toda su alma la fuerza de la fe (credo) para construir su propia felicidad cognitiva (ut intelligam), es decir, su propia realidad.

Sergio Arlandis  
Universitat de València

Recebido para publicação em 13-08-18; aceito em 16-09-18